MIRANDO HACIA LO QUE HACE EL T.I.E. (Teatro en la Educación) EN INGLATERRA

¿SUFICIENTEMENTE ROBUSTO Y SERIO?

Junio de 1983, un cálido día estival en Coventry, Inglaterra, me encuentro sentada en el suelo de un club de ancianos, con una clase de 30 niños de, más o menos, siete años de edad. El cuarto está casi vacío, solo un par de sillas, una mesa, y un piano desafinado. Frank, el viejo que cuida del local nos organiza un poco de canto. Los niños ya se han aprendido la canción del club. Todos tenemos la impresión que a Frank ya le conocemos; hace tres días escribió una carta a la clase contándonos cosas sobre su vida, su soledad, lo inútil que se sintió cuando, a la edad de 65 años, tuvo que retirarse.

También está aquí Tom. Les escribió a los niños una carta hace un par de días. Es irlandés y nos ha contado como tuvo que abandonar su casa para venirse a Inglaterra porque resultaba tan difícil, en Irlanda, encontrar trabajo. Acude al club para poder charlar y disfrutar de un poco de calor humano. Frank y Tom nos han invitado para que tomemos parte en la fiesta de cumpleaños de su amiga Gladys. Los niños le han preparado a Gladys un enorme tarjetón de cumpleaños, y han decorado todo el club para que parezca más bonito. Nos pasamos 15 minutos colgando cosas, así que el cuarto ya ha dejado de tener ese aspecto gris y desangelado.

Llega Gladys, una señora mayor, que avanza en cómodas zapatillas con la ayuda de unas andaderas. También ella nos escribió, pero no sabía que veníamos –ha sido una sorpresa–. Se siente emocionada y encantada, pero no lo demuestra mucho. Le cantamos "Cumpleaños Feliz", y nos invita a que tomemos con ella su merienda de cumpleaños. Todos toman pastelitos y galletas, y las tres personas mayores charlan de sus recuerdos. Todos

se lo están pasando en grande, disfrutando del calor humano y de la camaradería que la ocasión ofrece y propicia. De pronto, cae en el buzón una carta. Gladys la lee, se calla y su semblante se llena de preocupación. Se trata de una carta del Consejo Local en la que se anuncia el cierre obligatorio del club de ancianos. Esto produce un gran impacto. Hay un niño que empieza a llorar , es tan injusto que una fiesta tan feliz tenga que estropearse por culpa de una noticia tan nefasta.

Suficientemente real en aquel momento

No estoy, por supuesto, describiendo un acontecimiento real –aunque ya nos parecía suficientemente real en aquel momento– sino un programa del T.I.E. "Getting Out" (Marcharse) montado por el Belgrade Theatre, Coventry.

Se ha logrado por entero la simpatía de los niños por los ancianos. Todos empezamos a buscar fórmulas para solucionar el problema. Hay alguien que sugiere que se escriba al Consejo para explicar todo lo que el club representa para los ancianos. El problema se hace más complejo porque resulta que se necesita el edificio para un centro de cuidados infantiles, y el Consejo edificará un nuevo club para los ancianos, pero habrá que coger el autobús para ir hasta allí, y Gladys con sus andaderas no puede cogerlo.

Nos dividimos por pequeños grupos para que cada uno pueda dar su idea con más facilidad, y estas ideas se apuntan en un papel, con el fin de que los argumentos expuestos para conservar el club puedan organizarse. Cada grupo visita al representante del Consejo Local, cuyo pequeño despacho se encuentra al lado del club. Es tajante y pone toda clase de inconvenientes. Los niños discuten amable pero persistentemente y resultan muy persuasivos. (La situación resulta tan real que nadie comenta que el representante no es otro que un Frank muy reconocible, pero vestido con distinta ropa).

Por fin, se llega a una solución de compromiso que puede llegar a funcionar. El club puede permanecer. Los niños se regozijan y aplauden. Han ganado.

Me acordé de este programa cuando leí las observaciones de Roger Chapman sobre el T.I.E. australiano: "Yo recomendaría ciertamente que se enviara a los colegios un material mucho más fuerte que el que estamos recibiendo hasta ahora. (Lowdown OCT/Nov. 83).

Nunca trivializado

Destinado a "la infancia", este programa examinaba, sin embargo, de un modo muy interesante, los problemas de la tercera edad, el deterioro físico, la falta de dinero, la soledad (especialmente cuando los amados compañeros de vida ya han muerto). El sentimiento de que has trabajado durante toda tu vida y luego, de repente, cuando llegas a los 65 años, ya nadie quiere estar contigo. Te sientes inútil. Cartas escritas a la clase antes de la representación también describían problemas de empleo y de como sacar adelante a una familia en circunstancias difíciles y apretadas. Todos estos temas fueron planteados y puestos al alcance de la comprensión de unos niños muy pequeños, pero no fueron nunca trivializados.

Desde un punto de vista técnico, resultó interesante observar que el Belgrade pudo permitirse el lujo de trabajar con solo una clase a la vez. La conversación se improvisaba; yo me imagino que los actores sabían hacia donde se dirigían, pero el viaje siempre resultaba diferente.

Apareció también un "material más serio" en un segundo programa del Belgrade montado para niños de 10 años. El programa se refería al juicio de la viuda Spivey, acusada de bruja en el pueblo de Twamley, en el año 1599. Los niños habían recibido 5 días de preparación durante los cuales habían trabajado explorando la geografía de Twamley con un plano del pueblo; habían "conocido" a los habitantes del pueblo y se habían familiarizado con sus costumbres a través del material documentario y con la ayuda de la lectura de una serie de cartas que el nuevo párroco, horrorizado, había escrito a un amigo.

Estábamos todos sentados en un recinto escénico cuadrado con unas puertas-ventanas en 3 de las paredes. Los actores podían estar con nosotros dentro del recinto –es decir en la plaza del pueblo–, o actuar desde fuera del recinto, a través de las ventanas que representaban varias casas.

Old Mother Spivey (La vieja madre Spivey) era la curandera del pueblo que empleaba toda clase de hierbas para ayudar a sus habitantes. Era un poco excéntrica, pero muy bondadosa. Pero cuando las cosas empezaron a ir mal –un niño murió, el ganado enfermó– se la eligió como víctima propiciatoria. La "evidencia" aportó pruebas aparentes de que se trataba de una bruja a la que con toda la mala voluntad y malicia había que echar la culpa de la mala racha por la que estaba pasando el pueblo.

Empezando a sudar

Por fin, el reverendo John Middleton, nuevo cura de la parroquia que acabamos de mencionar, se puso a pedir a los niños que formaban parte de la audiencia, que aportaran datos que sirvieran para condenar a la curandera o descargarla de las culpas que le estaban echando encima..Y, de hecho, esto resultó ser para él un proceso de lo más incómodo, ya que, vociferando, todos los chicos en la habitación, disfrutando enormemente con aquel drama, y deseando poder presenciar una ejecución, repetían y confirmaban todas aquellas retorcidas supersticiones que la gente del pueblo había expresado contra ella. El actor empezó a sudar. Dentro de su papel no podía ofrecer argumentos en contra de aquella unánime actitud de los niños.

Casi a la hora décimo primera, la tranquila voz de una niñita en las últimas filas dijo: "¡No seáis tontos!". Ella y luego otros aportaron respuestas de sentido común, estableciendo con ello la inocencia de la viuda Twamley y cambiando el rumbo de la opinión que reinaba en la sala. Históricamente, la viuda Twamley fue ejecutada. Esto a los niños se les dijo, pero los niños sabían ahora con toda seguridad que se había cometido con ella una terrible injusticia.

El programa resultó complejo pero de lo más absorbente. Es una pena haber tenido que simplificarlo tanto como yo lo hice. Las anotaciones del profesor resultaron muy interesantes, incluyendo (entre otras cosas) una "simplificación de las diferencias entre el Catolicismo y el Protestantismo durante la reforma en el siglo XVI", las supersticiones más corrientes y sus orígenes; historia social y costumbres del siglo XVI; el uso y empleo de las hierbas; "El trabajo de una curandera" tal y como se describe en 1555; conisderaciones o prejuicios que existen hoy día en los temas del racismo y sexismo.

Había música y sugerencias para más trabajos relacionados con el arte dramático. Las notas o anotaciones del profesor también contenían ilustraciones el mapa del pueblo mencionado anteriormente y reproducciones de grabados del siglo XVI. Una clase hubiera podido pasar muchos días muy felices trabajando con este material tan estimulante y pertinente.

Una tercer obra: "Semelweis" del Cockpit Theatre fué otro ejemplo de un "material más serio". Es un programa que describe "el método científico". Los actores empezaron en clase (nuevamente el lujo de trabajar con una sola clase). Interpretaron una breve secuencia en la que una madre acusa a su hijo de haber tirado una valla, basándose en el hecho de que el niño ya lo había hecho con anterioridad. En la discusión que vino después,

los niños (de 11 años) vinieron a señalar que la acusación era injusta; ¿Con qué pruebas contaba la madre? **Esta vez** pudo muy bien haber sido un perro el que tiró la valla, u otro niño o el viento. Entraron en una discusión de como sólo puede uno intentar encontrar la verdad basando sus deducciones en una evidencia que puede ser comprobada. Cualquier evidencia circunstancial o suposiciones basadas en acontecimientos pasados pueden no ser de fiar.

Sangre coagulada y pus

La parte del programa que abarcaba la representación nos presentaba el "método científico" puesto en práctica. Nos encontrábamos sentados en el interior de una pequeña carpa de color negro, ocupando los bordes poco iluminados de la misma. Había como única iluminación un foco colgado arriba en el centro. Una mujer, cubierta con una manta gris, yacía en el centro sobre una mesa, sacudida por los dolores de parto. En esto entra un médico vestido con un atuendo del siglo XIX, bigotudo, y con un delantal manchado de sangre coagulada y pus. Levanta la manta e introduce debajo de ella sus sucísimas manos, mientras que la mujer sigue gritando. Vimos al húngaro Dr. Semmelweis que preguntaba por qué morían tantas mujeres, después de dar a luz, de fiebre puerperal (hasta el 30 % en la sección de la clínica de Viena donde él trabajaba). Estas mujeres eran asistidas por médicos muy competentes. ¿Por qué era mucho más bajo el índice de mortalidad en la sección del hospital en la que asistían a los nacimientos unas comadronas mucho menos expertas? Cae en la cuenta que son sólo los médicos (y no las comadronas) los que manejan los cuerpos de las mujeres que se han muerto de la fiebre, y luego se ocupan de las madres vivas. Transcurre un momento maravilloso cuando levanta sus sucias manos horrorizado al darse de repente cuenta, que son seguramente sus manos las que transmiten la infección.

Quedamos fascinados, cuando le vemos trabajar como un detective para reunir las distintas piezas y componer la evidencia. En uno de sus viajes de vuelta a Hungría, se fija en un hombre que se ocupa por las noches de las alcantarillas, rociándolo todo con cloro para "matar los malos olores". Semmelweis se pregunta si no es acaso el **olor** el que transmite la enfermedad. Más tarde, cuando vuelve a Viena, pone en práctica el experimento. Es indispensable que todos los médicos se laven las manos en cloro antes de tocar a un paciente. El índice de mortalidad por fiebre puerperal baja a un 1,27 % . (Lo he comprobado en la Enciclopedia Britanica). Surge otro maravilloso momento teatral cuando se comprueba la realidad de su éxito.

Semmelweis acaba muriéndose de una enfermedad causada por un corte infectado en la mano. Murió, irónicamente, de las mismísimas fiebres que con tanto ahinco había intentado estudiar y comprender.

Maravilloso final

La representación tuvo un maravilloso final. El jefe directo de Semmelweis en la clínica observaba las conclusiones a las que había llegado este último con suma desconfianza. Al morir Semmelweis, dicho jefe no tenía la más mínima intención de seguir con el ritual del lavado de manos. Pero esta vez una fuerte y autoritaria comadrona se interpone entre él y su paciente. "Lávese Vd. las manos", insiste ella. Se las lava. Sabemos que Semmelweis ha ganado la partida.

Como un ejemplo práctico del método científico en acción, este programa fue un gran éxito. Por lo que merece aún más la pena mencionarlo es por su sorprendente método teatral de presentación. Las personas del público estaban como moscas pegados a los muros de la clínica. No existía ninguna participación, aunque físicamente, la audiencia se encontraba muy cerca, fisgoneando. Tanto el contenido como la acción se adaptaban a niños de 11 años. Se asumía que los niños tenían ya la suficiente madurez para aguantar el tema, algunas veces bastante crudo y explícito. De hecho, yo supongo (no muy científicamente) que se hizo adrede para que el programa resultara más excitante y memorable para los niños, precisamente porque su naturaleza era tan chocante.

Esta visita de un día al Theatre Centre resultó muy ilustrativa. Vimos aquí en Adelaide el trabajo realizado por David Homan del Theatre Centre. "Los desaparecidos", obra montada por nuestro propio equipo Magpie. Este programa, que trataba de los llamados disidentes que desaparecieron bajo el régimen militar en Argentina era tan impresionante que al público le dejó sumido en la tristeza y en la frustración. Me dio mucha pena perderme los programas que organizó el Centro sobre el desarme nuclear; un tema político muy actual que han osado tratar a pesar del hecho de que su financiación podría haberse visto amenazada por la puesta en escena de un material tan controvertido.

Reparto integrado

El área de Londres donde se encuentra el Theatre Centre tiene una mezcla de razas y clases trabajadoras, así que siguen una interesante política

de "repartos integrados" por la que expresamente contratan a actores de todas las razas.

Ví una de sus obras realizada por un equipo formado sólo por mujeres de todas las razas, y, de hecho, la audiencia estaba compuesta sobre todo por gente de Jamaica y de Asia. Me interesaría saber si existe alguna compañía del T.I.E. en Australia cuya política sea la de contratar deliberadamente actores de Italia, Grecia o de orígenes aborígenas para trabajar en áreas donde esto fuera apropiado. En este caso cualquier "material más serio y fuerte" que las compañías del T.I.E. pudieran presentar resultaría más verosímil y pertinente.

Rosemary Nursey-Bray
Departamento de Actividad Dramática
Margill Campus, S.A.C.A.E.